

**Asignatura: Formación para la Vida y el Trabajo**

**Curso: 6to. A y B**

**Profesor a cargo: Jorge H. Barbenza**

**Correo donde se envían las actividades: [jorge.barbenza@colegiosanluisrey.edu.ar](mailto:jorge.barbenza@colegiosanluisrey.edu.ar)**

**Fecha de entrega: 3/4/2020**

**¡Saludos! ¡Ave María Purísima!**

Espero que se encuentren muy bien, con la Paz del Cristo en el alma. Continuando con esa hermosa búsqueda que están haciendo para orientar sus vidas hacia la Felicidad, les invito a continuar profundizando los cimientos de ese “edificio”, ese edificar sus vidas. Para ello, continuaremos pensando en torno al texto de La Providencia y la Confianza en Dios, del Padre Garrigou-Lagrange O.P. Al final, un cuestionario para ayudar a comprender el texto.

**Actividad**

Explica con tus palabras por qué no es imposible satisfacer el apetito natural de beatitud (felicidad total, complete y eterna) que todos llevamos dentro. (Esto hará necesario hacer un breve resumen del texto, expresado en tus palabras).

**Un cordial saludo, Dios los bendiga.**

**Prof. Jorge H. Barbenza**

*El principio por el cual se llega hasta el conocimiento de Dios.*

¿Será por ventura imposible satisfacer el apetito natural de beatitud que todos llevamos dentro?

¿Será posible que un apetito natural sea vano, quimérico, sin sentido ni valor?

Se comprende lo quimérico del deseo nacido de la fantasía o del error de la mente, por ejemplo, el deseo de tener alas para volar. Mas ¿cómo habría de serlo el apetito fundado directamente en la misma naturaleza humana, sin mediar ningún juicio condicional? Porque el apetito o deseo de la felicidad no es una simple veleidad condicional; es innato y connatural al hombre, algo estable y firme, que se halla en todos los hombres de todos los países y de todos los tiempos. Y todavía es más; porque la naturaleza misma de nuestra voluntad consiste, aparte todo acto, en ser una facultad apetitiva del bien universal.

La naturaleza de nuestra voluntad, como la de la inteligencia, no puede ser el resultado del acaso, de una feliz coyuntura; ambas facultades son principios simplicísimos de operación y no están compuestos de elementos diversos reunidos al acaso.

¿Puede ser quimérico el apetito natural de la voluntad?

No es vano el apetito *natural* de los seres inferiores, como lo observa experimentalmente el naturalista. El apeti-

[Continúa en la página siguiente](#)



to natural impulsa al herbívoro a buscar la hierba con que alimentarse, y la encuentra; al carnívoro, a proveerse de carne, y da con ella. El apetito natural del hombre es ser feliz; mas la verdadera felicidad no se encuentra de hecho en los bienes limitados; ¿será entonces imposible de hallar? ¿Será, pues, engañoso el apetito natural del hombre, vano y sin finalidad, mientras se logra el fin del apetito de los seres inferiores?

Mas no es el nuestro mero argumento de naturalista, fundado en la experiencia y en la analogía del apetito natural humano con el de los demás seres. El argumento tiene mayor alcance; es metafísico y se funda en la certeza del valor absoluto del principio de finalidad.

Si tal apetito fuera quimérico, carecería de finalidad, y no tendría razón de ser la actividad humana, inspirada por él; lo cual es contrario al siguiente principio necesario y evidente: "*Todo agente obra por un fin.*" Para entender la verdad de este principio así formulado por Aristóteles, basta examinar los términos del mismo: Todo agente, sea cual fuere, consciente o inconsciente, *tiende* hacia algo *determinado* que le conviene. Ahora bien, el fin es precisamente el bien determinado al cual tiende la acción del agente o el movimiento del móvil.

Este principio, de suyo evidente para quien comprenda el valor de los términos *agente* y *fin*, se demuestra por reducción al absurdo, porque de otra suerte, dice Santo Tomás (I<sup>a</sup>-II<sup>a</sup>, q. 1, a. 2), "no tendría el agente *razón alguna para obrar* o no obrar, PARA OBRAR DE ÉSTA O DE LA OTRA MANERA", para *desear* esto y no aquello.

No existiendo finalidad natural, si el agente no obrase por un fin, no habría razón para que el ojo viese, y no escuchara el sonido o saboreara los manjares; ni habría razón para que las alas hicieran al ave hender los aires, y no correr o nadar; ni para que la inteligencia, en vez de entender, realizara actos de voluntad. Entonces ninguna cosa tendría razón de ser y toda sería ininteligible. No tendría por qué caer la piedra, en vez de subir, ni los cuer-

pos por qué atraerse mutuamente, y no repelerse y dispersarse, rompiendo la armonía del universo.

El principio de finalidad posee necesidad y valor absolutos no menos ciertos que el principio de causalidad eficiente, que dice: "Todo cuanto sucede y todo ser contingente requieren una causa eficiente"; y en último análisis, todo lo que sucede requiere una causa eficiente no causada, una causa que se confunda con su mismo obrar, con su propia acción, que sea su existencia misma, siendo el obrar consecuencia del ser y la manera de obrar consecuencia de la manera de ser.

Estos dos principios de causalidad eficiente y de finalidad son *igualmente ciertos*, de una certeza no sólo física, sino metafísica, aun antes de la demostración de la existencia de Dios. Y aun la eficiencia no se concibe sin la finalidad, carecería de razón de ser, como hemos visto, y sería ininteligible.

Estimado tutor, por favor, cuando envíe la consigna, agregue la siguiente información como encabezado



Nombre de Alumno:

Asignatura:

Curso: